

CAPÍTULO IV

De las dos hipótesis explicativas de la naturaleza del instinto.

Todas las concepciones metafísicas del universo, todos los sistemas filosóficos, pueden clasificarse en dos grupos: materialismo é idealismo. Cada uno presenta dos fases, según admita la existencia de dos substancias ó de una: dualismo y monismo. Pero el verdadero materialismo es siempre monista, por cuanto reduce el mundo fenomenal á una sola substancia: la materia, de la cual emerge, por el movimiento, la fuerza. En cambio el idealismo tiende á ser fatalmente dualista, por cuanto no niega la materia: pero le adjunta otra substancia psíquica, esencialmente diversa á la fuerza que emerge del movimiento de la materia (1).

(1) Por carecer de importancia actual y por poderse incluir, según sus fases, ya en el idealismo, ya en el materialismo, dejo de lado el *vitalismo*, teoría que, reconociendo la íntima vinculación de los fenómenos espirituales con los biológicos, conceptúa al alma como el *principio de la vida*. Es de antiguo origen, pues ya Aristóteles definió al alma como la «primera *entelequia* del cuerpo». Estuvo en boga en el siglo XVIII, como un matiz neutro y coordinante entre idealistas y materialistas. La disputa de los *animaculistas* y los *ovulistas* (los primeros

En el pasado, por atraso de las ciencias naturales, el mayor inconveniente para la exactitud de las ciencias morales consistía en remontarse á idealizaciones utópicas. En el presente, por los progresos de aquéllas, el gran peligro de éstas consiste en el abuso de los datos biológicos y el absoluto desprecio de las especulaciones de la razón, quiero decir, de la *observación interna*. Difícil sería poder diagnosticar cuál de ambas defectuosidades intelectuales puede incurrir en mayores absurdos, si las extravagancias de la antigua ignorancia de la naturaleza ó la miopía aguda, el estrechísimo criterio de la moderna prescindencia de la razón especulativa, de la más potente de las fuerzas humanas.

Contra el idealismo profesan hoy ciertos espíritus superficiales estos dos graves prejuicios:

- 1.º Que carece de método científico y arrastra á conclusiones arriesgadas, cuando no imaginarias.
- 2.º Que desecha las verdades conquistadas por las ciencias naturales.

eran los profesantes del animismo, y del materialismo los segundos), terminó con las brillantes experiencias de William Harvey, quien «demostró» un origen mecánico á la vida, doctrina que se llamó también «vitalismo» y que persistió como una transformación de la del animismo, privado éste del espíritu, después de que el idealismo había reivindicado para sí los fenómenos de la conciencia.

Ambas afirmaciones son erróneas:

1.^a Porque el idealismo puede emplear simultáneamente todos los métodos posibles de investigación;

2.^a Porque, en tiempos modernos, los grandes idealistas, no sólo han admitido las verdades de las ciencias naturales, sino que muchas veces se han adelantado á ellas.

El idealismo moderno no coloca ya el alma, como Descartes, en la glándula pineal... Lejos de retrogradar, marcha en ciertos momentos con pasos segurísimos hacia el futuro... Tradúzcase la teoría metafísica del «imperativo categórico de la razón» de Kant á la terminología moderna... ¿No implica un genial presentimiento de la doctrina de la «formación de un criterio moral por la herencia psicológica», lo que constituye uno de los más adelantados descubrimientos de la psico-fisiología contemporánea?

Indiscutiblemente, la biología nos presenta ciertos datos angulares que sirven á todas las ciencias morales; pero esos datos no las constituyen *in integrum*; no son todos los datos necesarios á esas ciencias. Sólo representan un *mínimum* de información elemental; la razón especulativa es lo que nos dará la gran masa de esos datos. El gran error está en creer que la biología y la razón especulativa se excluyen, como fuerzas antagónicas, cuando en realidad se

complementan como factores concomitantes del intelecto humano.

Generalísimo error es en el vulgo el de creer que profesar una cosmología idealista implica ignorar ó desconocer las leyes de las ciencias naturales... No se concibe un metafísico darwinista ni un darwinista metafísico. Debía ocurrir lo contrario: que no se concibiera un pensador que no reconociese lo que se ha comprobado del darwinismo, y que, al propio tiempo, no poseyese, prestada ó propia, una concepción metafísica del mundo más ó menos idealista. Wundt, el padre de la fisiología psicológica, se declara idealista en estos términos positivamente lógicos: «La cuestión del origen del desenvolvimiento intelectual coincide con la del origen de la vida. Si la fisiología, en virtud de la correlación universal de fuerzas, está obligada á admitir que las manifestaciones biológicas tienen por base fundamental y única las propiedades generales de la materia, la psicología tendría el mismo derecho de atribuir al *substratum* general de nuestro conocimiento exterior á un ser interno, que, á medida que aparecen los fenómenos biológicos, encuentre su desarrollo en la faz psíquica de esos fenómenos. A pesar de esta última suposición, guardémonos de olvidar jamás que esta vida latente de la materia inanimada no debe ser confundida, como lo hace el hilezoísmo (doctrina que ve un fenómeno psíquico en

cualquier movimiento ó estado de las cosas inanimadas, como en la caída de una piedra), con la vida intelectual y la conciencia, á ejemplo del materialismo como una *función* de la materia. El hizoloísmo se engaña suponiendo fenómenos biológicos allí donde no nos han sido dados y donde no hallamos la base fundamental que los hace posibles; el materialismo está en error, pues admite una dependencia esencial cuando sólo existe una correlación de fenómenos simultáneos, pero en manera alguna comparables entre sí» (1). La necesidad inmanente al materialismo de cambiar su punto de vista, la falta de solidez de la teoría de esta doctrina se revela en la incapacidad, la absoluta impotencia de explicar la conexión de la experiencia interna con la experimentación externa. Aunque los sistemas psicológicos que han sido engendrados por otras concepciones cosmológicas, sean en gran parte muy imperfectos, sin embargo, únicamente el materialismo se ha cortado el camino que conduce á tratar científicamente la experiencia interna. Este fracaso proviene del error incurable de la teoría del conocimiento, error que el materialismo ha cometido ya, desde sus primeros pasos, cuando ha querido construir su edificio. Pues bien: la experien-

(1) W. Wundt: *La Psychologie physiologique*, t. I, página 25. París; F. Alcan, 1886.

cia interna tiene prioridad sobre toda experiencia externa; los objetos del mundo exterior son *representaciones* (*Vorstellungen*, imágenes, ideas representativas, constructivas), que se han desenvuelto en nosotros siguiendo leyes psicológicas; y, principalmente, el concepto de la materia es un concepto absolutamente hipotético, que ponemos bajo los fenómenos del mundo exterior: tres cosas que el materialismo desconoce (1).

Los pensadores materialistas actuales son *exclusivistas*, unos por ignorancia, por pasión otros. Los primeros nos recuerdan al zorro de la fábula, que encontraba verdes las uvas que no estaban á su alcance. Los segundos, á niños mal educados que acaban de adquirir un juguete nuevo que los deslumbra, y del cual no pueden desprenderse ni en la mesa, ni en la calle, ni en la cama; aunque el juguete sea altamente impropio para compartir el lecho ó el paseo ó la comida... Estos están fascinados por la idea de la precisión, de la verdad, y especialmente de la «unidad de la ciencia». Así como suena, «la unidad de la ciencia», que Santo Tomás concibió para su *Summa Theologicae*. No llego á descubrir qué capital importancia, aparte de una estética simetría, pueden hallar en este anticuadísimo concepto, que me

(1) *Ob. cit.*, t. II, pág. 504.

explico en Aristóteles, en Pico de la Mirandola y hasta en Bacon; pero no en pensadores que proclaman la «evolución progresista por diferenciación aumentativa de funciones y órganos». Unidad siempre la hubo y la habrá en todo lo que emerja de la inteligencia humana; todo es idea, es imagen, es raciocinio, es lógica, es ética, es estética... En el arte hay filosofía y hay arte en la filosofía; hay poesía en las matemáticas y matemáticas en la poesía; hay historia natural en la política y política en la historia natural... Todo se une, se vincula, se estrecha; todo acusa su origen y revela su parentesco... Esto es la unidad del pensamiento humano, del arte, de la ciencia. ¿Qué más unidad se quiere? ¿O es que se pretende que no haya más ciencia que la biología? ¡Curioso modo de progresar por diferenciación paulatina! Me recuerda un caso, que debo haber soñado en horas de pesadilla... Erase un monarca anciano y poderoso, que poseía un vastísimo imperio en el cual florecían infinitas ciudades de variadísimos estilos y caracteres, manufactureras, comerciales, artísticas, universitarias, nuevas y viejas, tristes y alegres, góticas y romanas... Un buen día despiértalo el Demonio y lo lanza en un vértigo de destrucción. Levántase el rey con la idea fija de *dar unidad* á su reino: sólo quiere ciudades góticas y mediterráneas; piensa que todas las demás, las modernas, las fuertes,

destruyen la armonía y la belleza del país, y manda arrasarlas á sangre y fuego...

En resumen, ya que forzosamente no llegaremos nunca á explicarnos el origen ó la naturaleza de las ideas, y ya que dos hipótesis se nos presentan, aceptemos la que *concuera* mejor con nuestra naturaleza íntima, con la observación interna; la que *describe* mejor la dualidad de dos «substancias», física y psíquica, cuya conexión es indescifrable; la que deja mayor campo á *deslindar*, si no á conocer lo incognoscible: esta hipótesis es el *idealismo*.

Sin embargo, los apologistas de la hipótesis idealista deben recordar, con Wundt, que hay un punto, una laguna, *un vacío* en sus doctrinas, que la observación psicológica no podrá llenar jamás. «En ninguna parte llega la experiencia, con suficiente certidumbre, á la conclusión de que los instintos—en tanto que dejamos á este concepto el significado con que lo usamos en psicología—ejercen influencia sobre el desenvolvimiento de las *plantas*. Pero, aunque la psicología no debe olvidar que los límites de la vida psíquica no pueden caprichosamente ampliarse, sin pruebas *directas*, extraídas de la observación, esta ciencia no debe pararse en afirmar, como lo hemos dicho en otras ocasiones, que la imposibilidad de *demonstrar* lo que es psíquico no excluye

su existencia. Si, por consiguiente, por su parte, la filosofía natural encuentra en ciertos fenómenos pruebas *indirectas* que le hacen verosímil una suposición semejante, dependería absolutamente de la aptitud de esta suposición para explicar estos fenómenos el decirse si ella es ó no viable como hipótesis metafísica». En efecto, hay en las plantas fenómenos que autorizan á suponer que no les falta una vida psíquica rudimentaria, como ser ciertas manifestaciones sexuales, semejantes á las de los animales. Los seres inferiores, por los que principian las escalas animal y vegetal, se confunden. «En el proceso de cambio de materias, las plantas aparecen como si fueran animales desarrollados bajo una sola fase» (1). Entonces se llegaría á agrupar todo lo que es vida bajo un principio psíquico-idealista, complejo en los animales, simplicísimo en las plantas. ¿Cómo no resbalar, pues, para no llegar á atribuir vida psíquica también á la materia inanimada, pero susceptible de transformarse y producir fuerzas; es decir, cómo no deslizarse así hasta el holoísmo?... Hay un gran dique que separa la substancia que vive de la muerta, el animal y el vegetal del mineral ó del cuerpo orgánico muerto: aquéllos son siempre *unum per se*, son siempre individualidades susceptibles de conciencia; és-

(1) *Op. cit.*, t. II, pág. 520.

tos carecen de toda individualidad, son *unum per accidens*.

Podríase, pues, terminar ese razonamiento apuntando el hecho de que *la diferencia entre la vida orgánica y la no-vida estriba en que en la una cada unidad es una individualidad por sí, y en la otra un fragmento ó conjunto accidental*.

A dos hipótesis, pues, pueden reducirse todas las teorías acerca de la naturaleza y origen de la fuerza psico-física que llamo instinto y que es el principio de la idea y el pensamiento: materialismo é idealismo. El hombre, según su temperamento, puede inclinarse á una ú otra, porque ambas son más ó menos aceptables. El error es pretender, como los escolásticos ó los evolucionistas materialistas desarrollar su doctrina, no en la categoría de hipótesis metafísica, sino de *certidumbre científica*, lo cual lleva á la viciosa consecuencia de querer luego hacer derivar *deductivamente* de ella las especulaciones científicas. Esto es frecuentísimo en los grandes talentos *propagandistas*, de lo que nos descubren los genios *reveladores*. Estos plantean su hipótesis con tino y reserva, dejando siempre un resquicio á la duda científica; aquéllos, apasionados por el movimiento de la época en que viven, olvidan el origen hipotético de la doctrina en auge para convertirla en dogma. Los exégetas descubren que Jesús se

llama á sí mismo «Hijo del Hombre»; los cristianos lo llaman Dios-Hijo, engendrado en el Misterio de la Trinidad. Santo Tomás mismo, con sus ideas teológicas, es menos dogmático que Balmes. Plotino plantea una doctrina metafísica que no repugna á la razón; sus discípulos, los alejandrinos, la extreme hasta el absurdo. El concepto metafísico de la vida que emana de Darwin no es inaceptable; el concepto del mundo de Spencer, en lo que de Darwin se aparta, exagerando la verdad del proceso evolucionista y atribuyendo á los fenómenos psíquicos un origen puramente mecánico, es inaceptable. Plantea lo que en Darwin es una hipótesis doctrinaria, como dogma. En cambio las ideas de los grandes fisiólogos alemanes, emitidas por Wundt y participadas por Weber y Fechner, son razonables, por la *prudencia* de su metafísica. El *quid* está en no afirmar como verdades demostradas ó demostrables, sino como hipótesis más ó menos viables, lo que forzosamente cae ó principia en lo incognoscible. Deslindar lo cognoscible de lo incognoscible es el principal fin de la metafísica moderna.

CAPÍTULO V

Las tres leyes de la vida psíquica.

Sabemos la existencia del mundo y aun columbramos las cualidades de las cosas, porque aplicamos al exterior nuestros sentidos, y el exterior produce en nuestro interior, por las funciones de nuestro sistema nervioso, *sensaciones*. Nuestra psiquis, *coordinando* las experiencias de la memoria, transforma las sensaciones en *percepciones*. Si en un camino solitario vemos á distancia un hombre, rápidamente nuestro órgano visual refleja su imagen, y esta imagen produce en nuestros nervios ópticos una *sensación* instantánea; los nervios ópticos transmiten esa sensación á los centros cerebrales, por una operación también instantánea é involuntaria; y estos centros *correlacionan* la sensación del hombre que vemos con nuestros recuerdos latentes de otros hombres que hemos visto; entonces poseemos su *percepción*. Si fijamos la mirada en ese hombre, que es un desconocido, por una operación mental é igualmente instantánea, correlacionamos su imagen con la de los muchos hombres y gremios y cualidades genéricas que conocemos, y precisamos sus *rasgos* diferenciales, su figura, sus condiciones, su clasificación